

Palabras de D. Luis Díez-Picazo y Ponce de León

Hace más de veinte años fui al Perú por primera vez invitado por el Colegio de Abogados de Lima, a un congreso internacional de juristas. Allí conocí a Augusto Ferrero, quien entonces era Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Lima, además de ser autor —lo que me sorprendió muy gratamente, porque uno termina siendo jurista todos los días de su vida— de un libro de sucesiones. Pero además quiero recordar que en aquella ocasión fui huésped en su casa y que me acompañó y me llevó de la mano, por decirlo así, a Arequipa, donde la Universidad del lugar me nombró profesor honorario. Quiero decir que he sido beneficiario de esa cordial acogida de Augusto Ferrero y que, por consiguiente, le debo hospitalidad. Si él dice que quiere que yo esté aquí esta tarde pues aquí estoy, y debe quedar perfectamente claro que no lo hago por ningún tipo de cumplimiento de obligación, sino que lo hago simplemente por el afecto que le profeso.

Inmediatamente después tendría que decir que yo me debería haber declarado incompetente porque profeso lo que en algún sitio leí que era la gloriosa inmusicalidad y, por consiguiente, incapaz de formular juicios de valor sobre la música. Pasé unos años siendo catedrático de la Universidad de Valencia y no estoy seguro de que la obra de Padilla sea completamente exacta cuando dice que es la tierra de las flores, de la luz y del amor. Lo que sí estoy seguro es que es una tierra musical donde cada pueblo tiene su banda de música y algunos, como Lidia, tienen incluso dos, además de una orquesta municipal. Ustedes recordarán la época en que Von Karajan se dedicaba a hacer pedagogía repitiendo las sinfonías de Beethoven. Eso significa que, de algún modo, algo de la música prendió en mí y me dediqué a oír y a continuar oyéndola, hasta que uno termina o cree que termina por aprender parcialmente el conjunto de las notas o la melodía. Es que las cosas terminan gustándole a uno cuando las ha repetido varias o muchas veces. Y eso ocurre con la música, que no termina uno nunca de oírla porque cada vez sue-

na de una manera distinta. Voy a repetir lo dicho por José Luis García Delgado: Augusto Ferrero ha escrito un libro sobre temas relacionados con la música. Son partes inéditas y partes recopiladas y de publicaciones que han aparecido con anterioridad en algunos diarios de Lima, especialmente en *El Comercio* y su suplemento dominical. También leí en algún otro sitio que los aficionados a la música o los que intentamos entenderla mejor, como el que intenta aficionarse a cualquier tipo de cosas, debe leer. Por consiguiente, leer sobre música es una actividad recomendable para todos los aficionados. También en algún otro sitio he visto que se calificaba como romántico al que pensaba que, conociendo algo de la vida y de la personalidad del autor, podría conocer su obra, lo cual es insensato e inexacto. Personas desgraciadas han compuesto melodías bellísimas, y a la inversa. Desgraciadamente, no por conocer algo de la vida del autor se conoce su obra.

También ha dicho José Luis García Delgado, y creo que es así, que en este libro aparece con toda claridad que Augusto Ferrero ha sido, primero, un viajero infatigable que ha recorrido diferentes partes del mundo. Por ahí andan las localizaciones geográficas de los diferentes lugares por donde anduvo Johann Sebastian Bach, Weimar entre ellos; ciudad que nos recuerda la cuna en Alemania de la constitución democrática. En segundo lugar, es un apasionado coleccionista de documentos de toda especie, desde manuscritos históricos hasta autógrafos de personas ilustres que, según nos cuenta hacia el final, se los registraban en unas tablas que utilizaba para que no entrara el polvo en el lugar donde tenía el fonógrafo y los discos, y así conservaba las firmas en madera mejor que sobre el papel. Entre ellas se encuentran los de María Callas y Arthur Rubinstein, en letras muy grandes como aparecen en un gráfico del libro, así como los de Rostropovitch, Bernstein, Brendel, Pavarotti y otros ejecutantes legendarios.

Gran parte del libro plasma recuerdos de grandes compositores. En algún sitio leí que los Bach más conocidos eran los hijos de Johann Sebastian, especialmente los del segundo matrimonio, especialmente Johann Christian Bach, hasta que después se dieron cuenta de que el que había inventado todo aquello era su ilustre padre. A los músicos les ocurre lo que a muchos otros artistas, en el sentido de que sus contemporáneos no llegan a valorarlos cuando han evolucionado y superado la línea que esa disciplina traía. En cualquier caso, me parece que el censo de los compositores de los que se ha ocupado Augusto Ferrero a lo largo de este libro es completísimo, donde prácticamente están todos, desde el citado Johann Sebastian Bach hasta nuestros días, uno detrás de otro. Sin embargo, querría decir sólo un par de cosas. En primer lugar, que la historia de la música no es sólo la historia de los compositores. También está generalizada la idea de que los compositores de música eran artesanos que, arrancando de una melocía, componían. También nos cuenta de que en tiempos de Wolfgang Amadeus Mozart, en un periódico de Viena, aparecía un aviso para contratar un mayordomo, y se añadía: "mejor si sabe algo de música". Era actividad propia del servicio doméstico. Siem-

pre se cuenta que Joseph Haydn, uno de los más grandes músicos de la historia, el bicentenario de cuya muerte se conmemora este año, se pasó gran parte de su vida al servicio del conde Esterhazy, que tenía una residencia en Eisenstadt, hoy Austria, donde está enterrado el compositor, y otra cercana, de verano, ubicada hoy en Hungría. La segunda es que la historia de la música es también la historia de los instrumentos musicales y de su utilización. Creo que ésa es una signatura que el autor tiene todavía pendiente en parte.

Me ha llamado mucho la atención el conocimiento profundísimo que el autor tiene de las óperas y sus autores, como en el caso de Rossini, del cual exhibe importantes documentos originales autógrafos. Me ha sorprendido mucho saber que Beethoven compuso una *Sinfonía de la batalla*, que yo no conocía, en la cual fue derrotado José Bonaparte, que nosotros los españoles llamamos la guerra de la independencia.

En cuanto a la primera parte, titulada *Músicos sorprendentes*, sospecho que para intelectuales y artistas como Rousseau, Nietzsche y Pasternak, que no fueron músicos pero compusieron música, no fuera tan difícil componerla, al igual que para los muchachos de hoy, que, silbando y silbando, pueden ocasionalmente poner la música en papel.

